



VNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Investidura como Doctor "Honoris
Causa" por la Universitat de València a
Thomas F. Glick

Discurso de aceptación

Valencia, 14 junio de 2010

Excelentísimo señor rector Magnífico; distinguidos colegas; queridos amigos:

Es para mí un gran honor recibir la distinción que hoy me concede esta institución tan querida, en este espléndido marco.

Mi relación con esta histórica universidad ha sido estrecha y continua desde los comienzos de mi carrera académica. El vínculo ha sido especialmente intenso con las áreas relacionadas con los polos intelectuales que definen mi vida intelectual: la Historia Medieval, la Geografía Histórica (en particular, el riego), y la Historia de la Ciencia contemporánea.

Mi interés por los sistemas de regadío valencianos se remonta al año académico de 1959-60 cuando un politólogo llamado Arthur Maass puso en el diario estudiantil de Harvard un anuncio buscando a alguien que le tradujera ciertos “documentos españoles.” Los documentos en cuestión resultaban ser las ordenanzas de las acequias de Valencia publicadas en el famoso libro de Francois-Jacques Jaubert de Passa, *Canales de riegos en Valencia y Aragón*. El año siguiente (1960-61), mientras yo me hallaba en Barcelona estudiando la lengua árabe, Maass se encontraba en Valencia investigando de primera mano las instituciones del regadío tradicional. Su anfitrión en la Huerta fue el entonces asesor jurídico del Tribunal de las Aguas, Vicente Giner Boira, a quien conocí cuando visité a Maass aquella primavera y con quien, años más tarde, llegué a tener una relación casi filial. En el verano de 1963, recién casado, regresé a Valencia para preparar las bases de mi futura investigación, me presenté en el despacho de Vicente Giner, y le anuncié que había venido con “mi nueva mujer”.

“Qué pasó con la antigua?” me preguntó, dándome toda una lección sobre los usos del castellano.

Volví a Valencia en la primavera de 1965 para comenzar mi investigación sobre el regadío medieval. El director de una revista literaria publicada en Cambridge (Massachusetts), a quien le gustaba editar números monográficos sobre temas novedosos, me propuso preparar un número dedicado a la poesía contemporánea valenciana. Con tal objetivo, recluté a un joven poeta, Lluís Alpera; un joven socio-lingüista, Lluís V. Aracil; y un joven historiador, Manuel Ardit (el primer historiador valenciano a quien conocí). El resultado fue un número de la revista *Identity* publicado en Valencia con el título *Antología de Poesía Realista Valenciana*, que incluía poesías de autores escogidos por Alpera, un incisivo análisis de la cuestión lingüística, efectuado por Aracil; un resumen de historia del País Valenciano, obra de Ardit; y un impresionante elenco de ilustraciones integrado por trabajos de Estampa Popular y el Equipo Crónica.

Por aquellos días, Aracil me introdujo en la tertulia de Joan Fuster, en torno al cual gravitaba la efervescente intelectualidad valenciana del momento.

El encuentro, en un bar de Valencia, fue inolvidable.

Cuando apenas comenzaba a exponer las razones de mi interés por los riegos valencianos, Fuster exclamó:

"¡Griegos en Valencia! Muy interesante".

"No, no, no es eso", le dije, intentando corregirle. "Riegos, no griegos". Pero ya era demasiado tarde: la mente de Fuster, siempre en ebullición, se había lanzado ya a tejer una compleja y erudita explicación de la posible relación de la Dama de Elche con el arte griego.

La anécdota confirmaba que mi elección de Valencia como ámbito para la investigación había sido correcta: me encontraba en una tierra de notable densidad histórica, poblada por individualidades memorables.

Y comencé a trabajar.

I. Regadío y sociedad

Mi interés por el regadío histórico valenciano no se centraba en la agricultura en sí, sino en la organización social e institucional de la distribución de las aguas de riego, siguiendo las pautas establecidas por Maass (cuyo libro clásico, *...And the Deserts Shall Rejoice*, un estudio comparativo de la huertas de Valencia, Alicante y Murcia, fue presentado en su traducción al castellano por la Biblioteca Valenciana hace pocas semanas). Maass planteaba que las ordenanzas y reglamentos de las comunidades de regantes manifestaban una jerarquía de objetivos que a su vez expresaban sus valores sociales. Mi tarea consistía en analizar los "procedimientos operativos" prescritos por las normas consuetudinarias de las comunidades de regantes de la Huerta medieval de Valencia, con la finalidad de analizar los orígenes y el desarrollo de los principios de equidad, justicia social, eficiencia económica, control local, y la resolución de conflictos identificados por Maass en el regadío contemporáneo.

Como yo, obviamente, no podía reproducir el *modus operandi* de Maass, fundamentado en la realización de entrevistas a personas relevantes, incluyendo a los mismos regantes, busqué documentación histórica que permitiese poner de manifiesto y con detalle la textura fina de la práctica diaria del riego. Y la encontré en el Archivo del Reino de Valencia, gracias a la entonces directora, Rosa Rodríguez Troncoso y a los dos historiadores que en aquella época acudían a diario al Archivo, Josep Camarena Mahiques y José María Cuelco Adrián: la serie de *Plets* de la Gobernación del Reino, más conocida por el nombre que le otorga el catálogo: *Litium*.

La serie de pleitos constituía todo un hallazgo por su riqueza, aunque también planteaba un reto enorme para un joven investigador foráneo con el tiempo limitado y escasos fundamentos de paleografía medieval. Los legajos de *Litium* son enormes y muy densos, a menudo escritos en *lletra molt espesa*, según la descripción coetánea. La única manera de proceder, con la finalidad de obtener una imagen sistemática, cuasi serial, del regadío bajomedieval valenciano, era ojear todos los volúmenes posibles, folio por folio, intentando identificar los pleitos de aguas mediante la búsqueda de palabras clave, como los nombres de las acequias y algunas palabras muy repetidas, caso de *séquia* o *molí*.

Durante un período de doce meses repasé todos los legajos de *Litium* que pude, desde el primer ejemplar conservado, de mediados del siglo XIV, hasta los del último cuarto del XV. Gracias a este maratón archivístico saqué notas y transcripciones parciales de más de un centenar de pleitos, caracterizados por el nivel de detalle de la información institucional y social que aportan, en buena medida a través de los testimonios vertidos por los regantes mismos en los interrogatorios de la acusación y la defensa.

Ante mis ojos desfilaba una cohorte de *llauradors* que narraban en primera persona lo que habían hecho, visto u oído a lo largo de sus años de experiencia, que a menudo se contaba por décadas. Resultaba sorprendente, en primer lugar, comprobar la exhaustividad de los procedimientos operativos del riego substanciados en las ordenanzas propias de cada acequia; en segundo lugar, el despliegue por parte de los labradores de lo que la Antropología caracteriza como la "intensividad de saber" (*knowledge intensivity*), materializado en el eficaz aprovechamiento de la enorme gama de micro-ecosistemas donde se desarrolla la agricultura regada por redes de acequias; en tercer lugar, la relativa libertad de los regantes frente a las intrusiones y las interferencias políticas y gubernamentales, cimentada en su competencia técnica para el mantenimiento de la operatividad del sistema hidráulico, y alejada, pues, de la tesis del despotismo hidráulico acuñada por Karl Wittfogel; y, en último lugar, la existencia de claros límites para la autonomía de las comunidades de regantes, lejos de la visión utópica y romántica de una huerta valenciana esencialmente refractaria a los controles externos, ya que la documentación dejaba fuera de toda duda que el *Governador del Regne*, al menos en tiempos medievales, desempeñaba un claro papel supervisor de las comunidades, y ejercía un considerable poder jurisdiccional sobre el reparto genérico del agua, garantizando los equilibrios heredados mediante la resolución de los litigios que enfrentaban a diferentes comunidades de regantes o que emergían en el seno de las mismas, no pudiendo ser resueltos, por su gravedad, por los mecanismos internos prescritos por las ordenanzas.

II. El Darwinismo

Mi relación específica con la Universitat de València se remonta al invierno de 1966, cuando me presenté en la puerta del Instituto de Historia de la Medicina, en aquella época instalado en el sótano de la Facultad de Medicina, junto al depósito de cadáveres. Me acerqué por allí un par de veces, siempre demasiado temprano y, como no venía nadie, pasaba el tiempo contemplando el trasiego de finados en la morgue. Pero un día, por fin, la puerta se abrió, y me presenté a dos señores, José María López Piñero y su adjunto, Luis García Ballester. El recuerdo de aquel momento también ha quedado grabado en mi memoria, porque durante unos interminables segundos nos quedamos contemplándonos los tres en silencio total, atónitos. Por lo que a mí respecta, jamás había visto a ningún historiador vestido de médico, llevando bata blanca, lo que me provocó una disonancia cognitiva temporal; mientras que, para ellos, presumo, tal vez el choque cognitivo fue aún mayor: que un investigador foráneo, americano por más señas, se interesase en aquella época por la ciencia española contemporánea, debió parecerles un fenómeno extraordinario.

Aquella tarde, superado ya el pasmo, López Piñero trazó ante mí el programa de investigación que he seguido hasta este momento. Cabe tener presente que yo quería estudiar la recepción de Darwin en España, pero en aquella época todavía no existía ningún modelo para el estudio de la difusión de las ideas científicas. López Piñero me enseñó que tal proceso se debe estudiar por disciplinas, dentro de las cuales las ideas adquieren inflexiones modeladas por las culturas disciplinares específicas. Tras el encuentro, quedé integrado *de facto* en un "grupo de afinidad" que produjo sus frutos y más notables en los años setenta, cuando López Piñero y quien les habla editamos, junto con Víctor Navarro y Eugenio Portela, el *Diccionario Histórico de la Ciencia Española*, empresa inspirada en el famoso *Dictionary of Scientific Biography*, cuyo último tomo acababa de ver la luz. Más tarde, en 1979 y 1980, gracias a un año sabático, me integré físicamente en el ambiente intelectual de la Cátedra de Historia de la Medicina, en la que me asignaron un despacho.

El liderazgo del darwinismo valenciano estaba en la Facultad de Medicina, donde Peregrín Casanova, catedrático de anatomía comparada y corresponsal de Ernst Haeckel, paladín de Darwin en Alemania, inculcó las pautas de la nueva biología evolucionista en toda una serie de promociones de médicos, sobre la base de Haeckel y de los textos de anatomía comparada elaborados, desde una perspectiva evolucionista, por el alemán Carl Gegenbauer y el francés León Testut. Tal era el ambiente darwinista de la Facultad de Medicina que encontró Ramón y Cajal durante su período de docencia en la Universitat de València, entre 1884 y 1887. El homenaje a Darwin con motivo del centenario de su nacimiento, organizado en 1909 por alumnos de medicina, fue el único acto conmemorativo celebrado en España. En un gran acto celebrado aquí en este mismo paraninfo, el principal ponente, Miguel de Unamuno, alabó a Darwin-- no sólo por su genio, sino por haber sido una figura pública conocida por su bondad y su sentido ético. El homenaje fue motivo de una encendida polémica en la prensa, que enfrentó a la prensa liberal —*El Pueblo*, el diario de Vicente Blasco Ibáñez, y *El Radical*— contra los neo-católicos que atacaron el "homenaje al diablo" celebrado en la Facultad de Medicina.

III. La Huerta como problema

Tras años de intenso trabajo con el equipo de López Piñero, poco a poco retomé mis investigaciones sobre las acequias. Parte de enfoque había consistido en la identificación de elementos de procedencia árabe o bereber en la organización del reparto de agua. Hallé que la base del reparto de agua —la división proporcional— continuaba en vigor como "en temps de sarrahins", según un famoso fuero de Jaime I. Pero la administración de las comunidades de regantes, organizada según pautas tribales en el mundo árabe, fue transformada por los cristianos en un modelo gremial, el más adecuado y culturalmente próximo para organizar tales "comunidades consensuales" tras la Conquista. Fue esta perspectiva andalusí la que me aproximó, ya en los años ochenta, al Departamento de Historia Medieval de la Universitat de València. Investigadores como Antoni Furió, Ferran Garcia Oliver y Enric Guinot, o, más tarde, Josep Torró, habían incorporado los planteamientos de la nueva arqueología islámica acuñada por Pierre Guichard, a la cual yo también me sentía atraído (en parte por su impacto demoledor sobre los antiguos tópicos del medievalismo español). Al mismo tiempo, entré en contacto con dos geógrafos

“hidraulistas”, Vicenç M. Rosselló y Joan F. Mateu, cuyas originales perspectivas me estimulaban sobremanera. El intenso debate en torno a los molinos hidráulicos valencianos, que relacionaban de una manera muy especial la Historia de la Técnica y la Historia del cambio social acaecido con la Conquista cristiana de Valencia, no hizo sino reforzar dichos lazos.

Las numerosas visitas a Valencia llevadas a cabo a lo largo de 50 años me han permitido ser testigo de la progresiva degradación y pérdida de la Huerta. Valencia, en este sentido, ha seguido la suerte de las más importantes huertas periurbanas del mundo Mediterráneo. Así, la *Ghuta* de Damasco (cuyos fundamentos del reparto del agua se implantaron en la huerta del *Cap i Casal*) o la huerta de Palermo están en vías de completa extinción.

A finales de la década de los sesenta, la Huerta de Valencia inició un acelerado declive. Pero fue en los años noventa cuando la Huerta cambió de significación para mí, pasando de ser un tema de investigación en plano teórico a una cuestión de aguda preocupación patrimonial. El cambio se produjo cuando visité, en 1996, la Huerta de Campanar, y comprobé, para mi asombro, que los viejos molinos, alquerías y canales de riego citados por el *Repartiment* y mis pleitos medievales eran una realidad tangible. Tangible y amenazada, puesto que la expansión de la ciudad, según el Plan general de Ordenación Urbana, prefiguraba la destrucción, en parte por inconsciencia, de un paisaje milenario de texturas maravillosas. Encontré que en aquel rincón de la Huerta se daba una concentración sorprendente de inmuebles históricos cuyos valores rememoraban el florecimiento económico y cultural de la Valencia bajomedieval, en el marco de un paisaje de singular personalidad y belleza: características que lo habían merecedor de ser conservado. Y no era una simple impresión mía: todos los expertos con los que hablé coincidían en señalar que, a lo largo del *Camí del Pouet*, se disponía un repertorio único de inmuebles representativos de tipologías canónicas de la arquitectura de la Huerta, entre los siglos XIII y XIX.

Lamentablemente, todo terminó con la destrucción de la huerta del Pouet de Campanar en 1998, esta vez no por inconsciencia, sino debido a una malévola operación en la cual los *hortolans* no tuvieron la más mínima oportunidad de hacer valer sus derechos frente a la confiscación programada de sus campos, la condena de sus históricas alquerías, acequias y molinos, y la destrucción de su modo de vida. Y, lo que es peor, la historia se repetía pocos años después, con más violencia e impacto social si cabe, en el ámbito de la medieval Punta d'en Silvestre.

La extinción generalizada del regadío tradicional valenciano, sepultado por el cemento y el asfalto o transmutado en un neoregadío tubiforme extrañamente implantado en el territorio, va acompañada de una triste serie de expropiaciones y expulsiones de los agricultores tradicionales en buena parte de localidades valencianas poseedoras de huertas históricas. En conjunto, el fenómeno presenta un inquietante paralelismo con la expulsión de musulmanes y moriscos entre 1238 y 1609, de quienes los labradores son herederos directos.

El resultado de este deprimente panorama, funesto en cuanto a la degradación y la despersonalización del paisaje valenciano, puede llegar a ser más funesto todavía, al haber sembrado la semilla de la catástrofe ambiental. Según el director de la

Fundación Centro de Estudios Ambientales del Mediterráneo, Millán Millán, la desaparición, por supresión o "modernización", del regadío tradicional ha conducido a una significativa alteración del régimen de precipitaciones. Ya no llueve como antes en las cabeceras de los ríos valencianos, y lo poco que llueve lo hace de manera concentrada y explosiva en la franja costera. La causa sería, precisamente, la pérdida del aporte de vapor de agua procedente de las huertas tradicionales y los marjales litorales a las masas de aire cargadas de vapor de agua que cada día entran hacia occidente desde el Mediterráneo. Estas masas regresan en un ciclo convectivo hacia el mar sin haber descargado lluvia en las sierras del interior, como hacían antes, porque el vapor atmosférico no alcanza el punto de saturación que permite la formación de las nubes de lluvia; y todo, conviene subrayarlo, debido a la pérdida de la fracción de vapor que antes aportaba la evapotranspiración en las tierras de riego y las marismas del litoral. Es un mecanismo parecido al que rige la precipitación en áreas tropicales donde existen masas boscosas, mucho más conocido.

La situación evoca de nuevo una ironía histórica. El estilo de agricultura practicado en la Huerta medieval era en parte una herencia de la agricultura hispano-árabe, que los agrónomos andalusíes denominaban *filaha hindiyya* (agricultura india). Tal agricultura consistía en el cultivo de cosechas naturales de la India monzónica (caña de azúcar, arroz y cítricos), vinculadas, en su difusión hacia occidente, a la extensión de los sistemas de regadío, debido al clima semiárido con sequía estival característico del área mediterránea. Estas cosechas no podían prosperar en tierras valencianas sin el concurso de la irrigación, cuyas técnicas se difundieron junto con los cultivos. La ironía consiste en que, en la actualidad, en las mismas tierras monzónicas del noroeste de la India donde se originó la *filaha hindiyya*, los monzones, al parecer, ya no penetran tanto como antes en el interior.

Riesgos de tipo físico y ambiental aparte, la desaparición del regadío tradicional implica inevitablemente la desagregación, la atomización y, finalmente, la desaparición los lazos sociales que unen a las comunidades de regantes. En un sistema de riego por goteo, el regante ya no tiene que abrir su boquera: el agua le llega automáticamente en virtud de la apertura de una electroválvula controlada por ordenador. A primera vista, parece que con ello mejora la condición del labrador; pero los análisis suelen dejar de lado el coste que supone la pérdida de autonomía de los regantes, puesto que el control del sistema corresponde ahora a los ingenieros. En un contexto de competencia creciente por el agua, no alimentada, precisamente, por los regantes tradicionales valencianos, el discurso dominante tacha a los labradores poco menos que de malgastadores contumaces. Las acequias se ven demonizadas, y la presión social impulsa a los regantes a sustituir los viejos sistemas, de eficacia probada y coste limitado al mantenimiento, por unos nuevos sistemas cuya eficacia global (incluyendo la variable ecológica) está todavía por demostrar, y cuya construcción supone una inversión considerable, sin ninguna certeza (por el momento), de que los rendimientos se incrementen de manera sostenible en la larga duración.

Por lo que a mí respecta, yo nunca me atrevería a decir, en la tierra del Tribunal de las Aguas, que los regantes tradicionales malgastan los caudales. Deberíamos reflexionar acerca de ello.

Para mí, como medievalista, Valencia ha sido Eldorado. Colón pensó que el Orinoco era la entrada al paraíso terrestre. Contemplando la Huerta desde Godella a finales de los sesenta, donde residía con mi mujer Betty, en una casa ubicada sobre la acequia de Moncada, el Turia era la entrada a un paraíso real, del cual he obtenido mucho más provecho que el desdichado Colón de su Orinoco. La riqueza de las colecciones documentales, y la posibilidad de ver con mis propios ojos las acequias, los azudes, los partidores y los molinos que encontraba diariamente en los folios de *Litium* me han proporcionado un privilegio denegado a la mayoría de los investigadores en Historia Medieval. Por otro lado, la Historia de la Ciencia valenciana contemporánea me abrió una ventana a un mundo intelectual vibrante y dedicado a una causa que, como sus mismos protagonistas reconocieron, prometía un mundo mejor, y una mejor vida para sus habitantes. En ambos campos, empero, yo habría tenido mucho menos éxito de no haber contado con el saber y el obsequio constante de amistad y colaboración de unos colegas extraordinarios que representan para mí el máximo tesoro de esta querida y venerable universidad.